

A una morena...



Gitana serrana, gentil y morena,
 Que en las venas llevas la fiebre del sol;
 Huri mahometana, virgen sarracena,
 Cachito de gloria, clavel reventón;
 Sultana de estirpe, reina de la gracia,
 Mujer hecha todo de fuego y pasión
 Que tienes el alma de la morería
 Que en Andalucía floreció de amor;
 Flamenca que cantas y besas y ríes
 Alegre y sonora como una canción,
 Con el alma plena de melancolía
 que entre la alegría se oculta veloz;
 Gitana serrana, pálida y morena,
 Virgen sarracena del trono de un dios,
 Nota de la jota, canción de alegría,
 Hija de las tierras del vino y del sol.
 —En donde las bocas son rojos claveles
 Y son los claveles una boca en fior,—
 Escucha estos cantos que, fervientemente,
 Y poniendo en ellos todo el corazón,
 Te ofrenda el trovero, lírico y amante,
 Que por tí, palpita trémulo de amor.

Yo adoro tus carnes, ardorosamente,
 Adoro tu amante, tierno corazón,
 La flor de tu boca, la miel de los labios
 Rojos y fragantes que brindan amor,
 La luz de tus ojos divinos que irradian
 Fulgencias de gloria, reflejos de sol,
 Que embriagan mirando voluptuosamente
 Envolviendo en una caricia de amor.
 ¡Ojos que provocan, ojos que deleítan
 Luces fulgurantes de fascinación!
 Adoro tus curvas, tu cálido pecho,
 ¡Tu rostro moreno, gala de la estirpe,
 Hecho de fragancias y rayo de sol!
 Pero aún más que toda la dulce armonía
 De tu cuerpo, hecho de fuego y pasión,
 Yo, americano, que en las venas llevo
 De la sangre ardiente del conquistador,
 Adoro tu garbo, tu gracia española,
 Que es, puesta en la tierra, la gloria de Dios.
 ¡Tu gracia española, flamenca y serrana
 Que ha hecho un cautivo de mi corazón!

J. ALBERTO LISTA.

CHARLA GAUCHA

Algo más de dos horas después de cerrar la noche, habría de ser. Noche asfixiante. El sol había desparramado tanto calor durante el día, que por la tarde, al retirarse, no lo pudo juntar todo y llevarse para su cueva de occidente.

Entre nubes pardas, la luna subía el cuestar a riba del cielo; y al encontrarse con alguna como lagunita blanca que la dejaba visible, parecía acelerar a marcha, buscando un nubarrón donde ocultarse.

Las voces que llegaban desde el patio de la estancia, advertían la presencia del patrón y su familia bajo el toldo verde del parral, prefiriendo sin duda, el fastidio de espantar mosquitos y el peligro de los grandes gusanos verdes que suelen caer del zarzo, al horno de zinc de las habitaciones, á esa hora herméticamente cerradas para impedir la entrada de murciélagos, terror de doña Nicomedes, la patrona.

En el playo de frente al galpón, los peones, semidesnudos, echados sobre vellones, la peonada charlaba tomando mate «tibión y lavao».

Los bichos de luz rayaban el cielo en todas direcciones; los «cascarudos» silbadores y hediundos, casi ciegos y borrachos de un todo, pechaban contra un brazo, una cabeza, un muslo y al caer al suelo sonaban como cosa de importancia, haciendo decir á Faustino:

— Esta sabandija es como nágu'a china comadrona; mucho ruido, mucho viento y al primer apretión se aplasta.

— Pero no jiede.

— ¿Qué sabés vos?...

— Es verdá... ¡Disculpe, maistro!

Volando muy bajito, sin hacer ruido, los dormilones iban y venían, atiborrándose de insectos en sus, al parecer, jiros idiotas.

De rato en rato lloraba algún sapo desde la garganta de una culebra que le tenía medio tragado. Un enjambre de insectos pequeñitos zumbaban sin tregua. A veces una lechuza castañeteaba el pico y graznaba lúgubrememente desde el negro silencio de la llanura.

— ¿Pa qué hará *chus chus* la lechuza? — interrogó Serapio — y replicó Faustino:

— Pa hacer hablar á los bobs.

— Esa ha'e ser verdá, che, porque he albertido que cuando la lechuza no grita, vos estas callao...

Los perros daban vueltas, se echaban, gruñían, se levantaban nuevamente, andaban un poco y tornaban á echarse y á gruñir, palpitante los ijares, pendiente, húmeda y temblorosa la lengua.

— ¡Uff!... ¡Si no lueve esta noche me se redite la riñonada!...

— Si eso decís vos, que no tenés ni sebo en las tripas, — contestó Faustino, — ¿qué dejás pal patrón viejo con su panza y sus tocinos de chancho macao?

— El patrón se refresca pegándole á la caña 'e l'Habana y á l'agua 'el pozo, mientras nosotros tenemos que conformar con el mate qu'está sebando Serapio... Tomá, che, y arreglalo un poco... ¿No ves que andan boyando los paraguayos?

Picado, Serapio retrucó:

— ¡Muy fino, el talón rajao!... ¡Quién sabe no quéres que te sirvan chicolate?...

— ¡Me ca... iga un árbol encima!...

— ¡Qué te pasa?

— ¡Qué me dentró un guampudo por la camisa y me anda pezuñando en la panza!...

— Dejalo. Pueda que se coma las «muquiranas!»...

— Guardá eso pa vos, ladio, que solo te lavás cuando lueve...

— ¡Dejuro, con esta seca?... ¿Di ande vi'a sacar agua?... Sino me lavo con saliva, como los gatos...

— No, che, no hagás eso... pa mi que tu saliva ensueca...

Desde el galpón, haciendo sonar los zuecos descalzos, — *as tamangas*, — avanzaba el pardo Hildebrando, y decía:

— ¡Tempo aborrecido!

— ¿Qué te ocurre, bahiano?

— *Mi ridito... ¡Si não buto, revento!*...

— ¿No trais otra novedá?...

— *Não; mais truje una l-meta é cachaza.*

Con la noticia alborozáronse los gauchos. Gritó uno:

— ¡Alcanzá, Patricio, qu'estamos secos como la perdiz!...

— ¡Hágase ver, rubio! — profrrió otro.

— Convidá, macaco, y te perdonamos la vida, — agregó un tercero.

— Alargue la mulatilha, ño Tizón.

— *Fora! fora toudos!... Fiquen sabendo que en por bondade do; mais per la forza... ¡jem!*...

— ¡Si te lo pedimos de rodillas!...

— *Anton sim... ¡Eh! ¡dispasinho, dispasinho!*... ¡Pucha castiços valentes pa la cachaza!

— ¡Ajij!! Medio chamusquea el gañote, pero es linda.

— ¡Cha digo!...

— ¿Qué tenés vos?

— Que le abría no más la jareta, le en cajé buche y trago, y me va quemando hasta la pajarilla!...

— ¡Alcanzá, mulato!

— *Não, ya yega.*

— ¡Un buchito, no más!

— ¡Nao! O que fica da rapariga va deitar na mea panza.

**

La puertecita del muro que cierra el patio de la estancia, se abrió, apareciendo en el dintel un bulto blanco, más ancho que alto. Era el patrón, que gritaba con imperio:

— ¿No se acuerdan que mañana hay parada é rodeo? ¡A ver si concluyen la plática y se van acostar!...

— ¡Stá bien, patrón — respondió el capataz. — Vamos, muchachos, cada chanco á su chiquero.

— No hable tan fuerte que puede oír el patrón eso de chanco...

— ¡Siempre atrevido vos!

JAVIER DE VIANA.

El Harpa y Dina

El harpa y Dina, sabias musicales:
Mujer en música es el harpa, y Dina
Mujer en verso y harpa femenina
De los harpistas supersustanciales.

Mujer en verso y ánfora de astrales
Pitagonizaciones, luna fina,
Cisne del lago de Platón, ondina
Con ojos de Venecias irreales.

Su mano es pájaro de luz que arranca
noche infinita á cada arpegio... Trema
el harpa y llora y ríe en una franca
ternura, y locas de ilusión extrema,
ambas se cuentan su nostalgia blanca
en un abrazo de amistad suprema...!

JULIO HERRERA Y REISIG.